

**los católicos y la unión entre cristianos**

**D**OS experiencias muy distintas acabo de tener. Una ha sido la que me ha proporcionado la asistencia a una reunión de estudiantes protestantes europeos y americanos, a la que me habían invitado. La otra, el contacto con dirigentes católicos españoles, con motivo de una ponencia que debo presentar a la próxima Asamblea de Acción Católica sobre unión de los cristianos.

En la reunión estudiantil protestante observé que estos jóvenes europeos estaban excesivamente preocupados por los problemas de este mundo y apenas hablaban de los aspectos religiosos de fondo que estaban en ellos implicados.

Nos echaban en cara, a católicos y protestantes españoles, que no estuviéramos más responsabilizados «colectivamente» en la marcha de nuestro siglo, en todos los problemas educativos, culturales, sociales y económicos del presente.

Nuestros dirigentes de apostolado —como hice yo mismo en aquella reunión— estamos, sobre todo, preocupados por hacer comprender a todo el mundo que, como tal organización apostólica, no se puede mezclar en las incidencias humanas, porque tiene que dejar libertad a todos sus militantes para que elijan libremente aquellas soluciones técnicas, de carácter social, económico, educativo o cultural que les parezcan más convenientes. Y en esto, la Acción Católica, como organización, no puede sino dar ideas de base cristiana y ayudar espiritualmente a los militantes en su acción temporal, pero nunca podrá mezclarse en partidismo alguno.

Sin embargo, creo que no conseguí hacerme entender por aquellos jóvenes europeos. Su preocupación «temporalista», su afán de que el cristianismo superase la fase en que se identificaba demasiado Iglesia y cristiandad, les hacía pasarse al extremo contrario.

Y creo que debemos hacer lo posible por comprender esta situación mental, porque los católicos tenemos que acercarnos a nuestro tiempo, y saber llevar a sus preocupaciones, pensamientos y anhelos una palabra de vida y no de muerte o condenación solamente. Si queremos orientar a nuestra juventud, lo primero que hay que hacer es comprenderla.

**O**TRA impresión grande la recibí, en esta misma reunión, cuando un estudiante protestante italiano me hizo una crítica cerrada del catolicismo. Lo curioso fue que ni yo —ni creo que la mayoría de los católicos— me encontraba representado en esa descripción que hacía de nuestra religión.

Sin embargo —no lo oculto—, me fue difícil hacerle comprender hasta qué punto deformaba nuestro verdadero pensamiento. Es lo mismo que hizo el escritor norteamericano Blanshard con una selección de textos del magisterio católico; y el Sínodo de la Iglesia Reformada holandesa, poco tiempo después, con su famosa pastoral sobre catolicismo y protestantismo. Los textos empleados eran textos oficiales de la Iglesia; pero su sentido, ordenación y selección estaban completamente deformados. Y no creo —al menos, en el caso de la Iglesia holandesa— que haya sido de mala fe, ni mucho menos.

Esto revela hasta qué punto es difícil una imparcial exposición, hecha desde fuera, de lo que piensa un grupo religioso determinado. Yo, por eso, me esfuerzo por presentar ciertos aspectos del catolicismo, menos conocidos por los que están fuera de la Iglesia, para que no crean que somos una especie de estado totalitario, sin otra cosa que peones de juego, dirigidos automáticamente por los jerarcas eclesiásticos. Esa falsa imagen hay que superarla totalmente. Nuestro lema es: «Seamos obedientes, pero nunca para llegar a ser máquinas o números que se comportan como autómatas que sólo se dejan llevar» (Pablo VI).

**L**A Ciudad del Vaticano tiene un periódico oficial —el «Osservatore Romano»— y una revista, publicada por los jesuitas, dentro de su recinto —«La Civiltà Cattolica». Esta revista, sin carácter oficial, por supuesto, tiene, no obstante, la tradición de estar muy estrechamente vinculada al pensamiento de los Papas; y, en enero último, ha publicado un artículo de grandísima importancia. Se hace la siguiente pregunta en él: «¿Inmovilismo católico en el diálogo ecuménico?».

En él se vierten una serie de conceptos que son dignos de ser meditados por todos, y más especialmente por nosotros, que creemos, por tener bien pocos protestantes en nuestro país, que apenas nos afecta la obligación de trabajar por la unión entre los cristianos. Decía, por el contrario, el año pasado, el cardenal Bea a los españoles: «la división de los cristianos... toca, y debe tocar, en lo vivo a todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo».

Esta tendencia hacia la unión de todos, con respeto mutuo, debe estar dirigida también hacia los pocos protestantes que tenemos en España; pero, al mismo tiempo, recordando que «no estamos en aquellos tiempos en que la mirada podía quedar confinada dentro de los estrechos límites de la propia patria» (cardenal Bea). Aparte de que en España tenemos un campo de acción ecuménica bien importante con el turismo extranjero que viene a nuestro país y que, hasta ahora, es un campo apostólico que está casi virgen.

Lo primero que recomendaba el cardenal a los españoles era «admitir en los hermanos no-católicos la buena fe», y subrayaba que «en este punto queda todavía mucho por hacer». Si examinamos nuestra conciencia, sin duda la encontraremos con alguna falta en este sentido.

Por eso, quizá ninguna cosa puede ser tan necesaria como «promover el conocimiento mutuo» (cardenal Bea). Y en esto no sólo tenemos que hacer nosotros los católicos un enorme esfuerzo, sino que debemos pedirles a nuestros hermanos protestantes que también lo hagan para no deformar la enseñanza oficial y obligatoria de nuestra Iglesia. Esa mutua incompreensión tiene que ser superada.

Pienso que el catolicismo es una religión muy rica y compleja que requiere una ordenación —por orden de importancia dogmática— en la exposición de sus ideas (cosa que pide la Constitución Conciliar) y una valoración de lo que es esencial y de lo que es accidental en ella. No hay más remedio que hacer este esfuerzo para poder comprenderla. En cam-

**SIGUE**

!!Es mi ALFA



la mejor!

ALFAMATIC

Con esta ALFAMATIC, hará con toda facilidad labores que a Vd. misma asombrarán, se hará admirar de su marido y amistades y demostrará sus buenas cualidades de gusto y ama de casa. ¡Figúrese que cose hacia adelante y hacia atrás, recto y en zig-zag, con una o dos agujas; hace infinidad de adornos, pespunte, remates, ojales, pega botones... y borda vistosos trabajos... y todo por sí sola! Señora, impresione a sus amistades con sus labores y convéncase de que una Alfa siempre es imprescindible en su hogar.



**ALFA**

MAQUINAS DE COSER ALFA S. A. - EIBAR R-40

NOMBRE Y APELLIDO \_\_\_\_\_

DIRECCION \_\_\_\_\_

POLLACION Y PROVINCIA \_\_\_\_\_

RECUERDA DEJAR PUESTO EN COBERTO DE LA MAQUINA DE COSER

**SE COMPRA EN EL MOMENTO Y SE PAGA EN COMODOS PLAZOS**

...Y CUANDO SEA "MAYOR", éste Kelvinator seguirá siendo  
...SU  
SEGURO  
SERVIDOR



equipado con  
TROPICAL-SYSTEM



EL MAGO DEL FRIO

# **Kelvinator**

*elegante, silencioso, práctico, capaz, seguro...IMPRESCINDIBLE*

FRIGORIFICOS • ACONDICIONADORES DE AIRE • LAVADORAS • CONGELADORES • ENFRIADORES DE BOTELLAS

bio, creo que es mucho más sencillo conocer lo que piensa el protestantismo, pues se trata de una religión más austera doctrinalmente, menos rica y completa que la católica.

De ahí procede que nuestra Iglesia se esfuerza por encontrar su auténtica faz, desgañándose ciertas superestructuras e incrustaciones del pasado... que amenazan con ahogarla. Por eso —sigue diciendo «La Civiltà Cattolica»— «quiere volver a considerar su patrimonio doctrinal y disciplinar, no para efectuar variaciones de fondo... sino para ser más fiel a Cristo y al Evangelio y para no imponer a los cristianos separados más de lo necesario, con el fin de encontrar nuevamente la unidad perdida» («Civiltà Cattolica»).

Es más, «la Iglesia espera de la plena comunión con nuestros hermanos separados un enriquecimiento, una contribución a la manifestación de su universalidad y un crecimiento auténticos. Y «no sólo serán los hermanos separados los que recibirán de la Iglesia católica lo que perdieron al abandonarla, sino que también la Iglesia se enriquecerá por las aportaciones nuevas y originales de los hermanos separados», sigue diciendo la revista vaticanista. «Estos elementos pueden, incluso, ayudar a corregir los excesos y defectos en que la Iglesia ha podido caer por efecto de las circunstancias históricas». Siempre lo mismo: distinguir en nuestra Iglesia lo esencial de lo accidental para perfeccionar esto último y que no quede oculto lo primero.

Se trata, en una palabra, «de restaurar la unidad y no de un simple retorno de los hermanos separados a la Iglesia católica». Frase fuerte, y nueva en la enseñanza usual, pero que el decreto de Ecumenismo avala plenamente, siempre que se entienda, como se dice más arriba, condescendiendo en lo que es accidental en el catolicismo.

Yo pediría a los católicos que leyeran despacio este decreto conciliar sobre el ecumenismo, y así verían que en él se encuentran claramente expuestas estas mismas ideas de la revista jesuítica. El camino que tenemos que recorrer es largo, porque todas estas afirmaciones suenan a novedad, ciertamente, pero es curioso traer a relucir algunos textos bien seguros y tradicionales que dicen, en último extremo, lo mismo, aunque no se llegase, hasta el momento presente, a todas las consecuencias prácticas que hoy quiere el Concilio de nosotros.

Permitidme que lo haga utilizando a tres autores que en ninguna manera pueden ser sospechosos de «avanzados». El primero es el beato Pedro Fabro, el compañero de San Ignacio de Loyola, su colaborador de más confianza, enviado por él a Alemania para hacer labor apostólica entre los protestantes. El segundo será el inteligente cardenal Siri, arzobispo de Génova, un hombre recto y aunque, según dicen algunos, chapado a la antigua, de indudable gran valía. Y el último, monseñor Marcel Lefebvre, el obispo francés de tendencia tradicional, gran defensor de la pureza doctrinal dentro de moldes seguros, aunque poco propicios a la dinámica de nuestro tiempo. Por los tres tengo gran veneración, porque me enseñan mucho en la lectura frecuente que de ellos hago; y, aunque disienta de este último en particular en cosas que son discutibles, aprecio en lo que vale su digna postura.

**E**L beato Fabro decía al padre Laínez, en una carta escrita desde Alemania, en tiempo de la Reforma protestante: «quien quiera ganar a los herejes debe amarlos de corazón, alejando de sí cualquier idea que pudiera disminuir su estima».

Por eso propugnaba una acción delicada y respetuosa con estos cristianos disidentes, como la ha pedido Pablo VI, cuyos consejos parece que suenan igual que los que entonces dio este santo. Dice así el jesuita del siglo XVII: «Hágase querer de ellos, procurando, en las conversaciones familiares, no hablar sino de aquellas cosas en las que unos y otros están conformes». Y en vez de controversias y discusiones creía que era mejor hablar con ellos del valor del bien moral, de la vida eterna y de aquellos temas que son vitales y que para todo cristiano de buena fe son su propio sentir y vivir: ahí pensaba él que estaba el punto de partida de un diálogo fecundo, amistoso y realista, que desembocase en un acercamiento a la verdadera doctrina del catolicismo.

El cardenal Siri, en 1961, daba también estos consejos: «debemos amar a nuestros hermanos protestantes; creemos que la bondad divina también es grande con ellos y que se sirve de sus intenciones santas y rectas tanto como de sus faltas». Por eso cree que «es justo eliminar todo lo que sería, sin necesidad, motivo de disensión. Ser cristiano es manifestar el máximo de comprensión».

Y monseñor Lefebvre, en el mismo año, criticaba a los católicos que se creen poseedores individuales de la verdad religiosa: porque la verdad la «posee» Cristo y su Iglesia. Existe un mal entre nosotros, y es «que estamos satisfechos de poseer la verdad, mientras otros no la poseen». Por eso, desgraciadamente, «abordamos a los otros con actitud de propietarios», como si fuésemos amos y señores de ella. Es ése un grave error, porque «la verdad no es mi verdad; la verdad me ha sido dada y debería darme cuenta de lo mal que la recibí». «No deberíamos decir a los otros "haced como yo", sino "imitad a Jesucristo"».

Debemos tener «una actitud respetuosa con las personas, intermedia entre el proselitismo intempestivo y una falsa tolerancia a la que todo le es indiferente». Esta regla es la misma de Pablo VI en su «Ecclesiam Suam».

«Si la primera de las caridades es dar la verdad, la verdad debe ser dada con caridad. Así podemos comprender cómo el decreto de Ecumenismo, tan comprensivo y sanamente abierto con nuestros hermanos protestantes, ha sido aceptado plenamente por la Asamblea Conciliar, a pesar de las discusiones previas que sólo intentaban la mayor precisión posible en un documento que había de ser definitivo».

**N**O creamos ingenuamente, como decía antes, que este camino amplio y que requiere gran paciencia con los exaltados de uno y otro extremo, esté ya recorrido. Al contrario, ahora es cuando lo empezamos, y tenemos que adaptarnos a una nueva postura, superando «la polémica anti-protestante de los pasados siglos».

Porque «los principios católicos de ecumenismo no son todavía conocidos plenamente ni asimilados en forma viva por algunos católicos». «Hay todavía quien habla como si nada hubiera ocurrido a la Iglesia en estos últimos años» («Civiltà Cattolica»).

ENRIQUE MIRET MAGDALENA



Un soldado norteamericano visita, tras la caída de Berlín, el «bunker» donde se suicidaron Hitler y Eva Braun, poco tiempo antes de la llegada de los rusos.

(Viene de la pág. 61)

una zona de Alemania, cuando Truman le amenazaba con privarle de víveres y los ingleses le expulsaban de Italia casi a punta de bayoneta. Los grandes hombres se inmovilizan a veces en lo que creen los grandes momentos de su vida, cristalizan en fórmulas políticas que les parecen puras sus aventuras personales, sus momentos estelares. Churchill había llevado a esta guerra sus recuerdos personales de la guerra anterior, su antibolevismo de entonces, de la época del «cordón sanitario» en torno a la recién nacida Unión Soviética, que sirvió para evitar el contagio de la revolución a los países europeos, pero que no se limitó a ello, sino que, con su largo y duro bloqueo y con la amenaza continua de intervención, convirtió el marxismo en stalinismo. Churchill consideró que su «alianza con el diablo» —como él mismo llamó al pacto de guerra con la Unión Soviética— no podía seguir siendo válida cuando la victoria apuntaba, y quiso reconstruir el «cordón sanitario» con una nueva fórmula. Cuando, al final de esta guerra, pronunció su frase «un telón de acero ha caído sobre Europa», estaba reconstruyendo su política de casi treinta años más atrás, de la misma forma que ahora, en su «come back», De Gaulle está desolidarizándose de sus aliados como no pudo hacerlo veinte años atrás. Si Truman no hubiera tenido la ambición de distinguirse del idealista Roosevelt, como comenzó a hacerlo cuando todavía estaba caliente el cadáver del que fue gran idealista, las tesis de Churchill se hubieran moderado y probablemente los Estados Unidos no hubieran precipitado también el telón de acero sobre Asia. Allí donde Roosevelt trató de buscar un punto de acuerdo entre las dos grandes fuerzas que se disputaban China, Truman prefirió elegir, y eligió a Chiang-Kai-Chek; Okinawa es hoy la base americana más fuerte del mundo, y apunta al vientre industrial de China, como Formosa, como el propio Japón, contra el cual se empleó finalmente la bomba atómica, para apresurar su rendición antes de que la URSS llegase a entrar efectivamente en la guerra de Asia y pudiera exigir su influencia en ella. Esa bomba atómica contra la que ya lúcidamente, antes de la primera explosión de prueba, se alzaban los mismos sabios que la construían, en función de la inseguridad que podría dar al mundo futuro —que es nuestro mundo de hoy—.

Todas las contradicciones históricas que sufrió el mundo en abril de 1945 están presentes en abril de 1965. Si los grandes protagonistas desaparecieron, no ha sido fácil, en cambio, hacer desaparecer las dudas que sembraron en el mundo, sus divisiones internas, la mala cosecha sembrada en el momento en que, dueños del mundo, podían haber creado en lugar de destruir. Es curioso que de todas las frases que entonces se pronunciaron para calificar el porvenir, las que prevalezcan con más aproximación a la realidad sean las del loco asesino llamado Hitler. Cuando se ve a Berlín convertido en materia de disputa, no es fácil olvidar que Hitler esperó que Berlín llegase a ser el campo de batalla entre occidentales y soviéticos. No es fácil tampoco olvidar su conversación con Martin Bormann, cuando le anunciaba que en el futuro sólo habría dos grandes naciones poderosas, la URSS y los Estados Unidos, y que el estallido de los nacionalismos, en lo que hoy llamamos países subdesarrollados, complicaría la situación hasta el punto de que el pueblo alemán estaría llamado a representar un importante arbitraje... La profecía final de Roosevelt, en cambio, ha palidecido. El punto de esperanza está en que cada día más, cada día con más vigor y más conciencia, los habitantes de la tierra, los pueblos del mundo, tienen más poder propio, y limitan más la fuerza de sus «hombres fundamentales», de sus políticos. El hombre de la calle, el ciudadano medio, está penetrado de lo que Roosevelt decía en 1942: «Nuestra tierra no es más que una pequeña estrella en el Universo. Podemos hacer aún, si queremos, un planeta que la guerra no herirá más, que el hambre y el miedo no atormentarán más, que insensatas querellas de raza, de color o de religión, no dividirán más. Tengamos el coraje de comenzar esta tarea hoy mismo, para que nuestros hijos y nuestros nietos puedan estar orgullosos de llamarse hombres». Si el mundo tiene todavía el aspecto que preconizó Hitler en su trampa macabra de Berlín, el camino por el que los pueblos tratan de dirigirlo, el que está abierto a la acción de todos, es el que profetizó Roosevelt.

E. H. T.

FIN